

El gran salto



Otros temas acapararon el editorial del último número de *Naturaleza Aragonesa*, hasta el punto de quedar eclipsada una buena noticia para todos los lectores de esta revista: la conce-

sión a la asociación editora del Premio Medio Ambiente Aragón 2005, el máximo galardón medioambiental de la Comunidad Autónoma Aragonesa a asociaciones sin ánimo de lucro.

Sin duda alguna es un honor ese premio que con gran satisfacción se recibe y que se corresponde con una trayectoria limpia de compromiso con el conocimiento y protección de la Naturaleza (una Naturaleza que no entiende de fronteras físicas o ideológicas). Una mirada al pasado ofrece un panorama de fidelidad a los principios fundacionales -entre los que están, también, el disfrutar con y en la Naturaleza, y el ser un observatorio de la realidad alejado del prisma odioso del negativismo- y de evolución y mejora permanente. Mirar atrás, sin perder mucho tiempo en ello, es la constatación de haber dado ya muchos pasos en el camino de mil leguas, de haber dado algún tropezón que nos hace avisados y de haber tomado carrerilla para dar, sin riesgo ni alboroto, el gran salto.

Ese término, que no se por qué se repite dicho en inglés (*the big jump*) en el discurso medioambiental, supone el cambio cualitativo, la cima desde la que se divisan nuevos horizontes, la llegada a otra orilla desde la que prosigue la aventura.

En este caso, el grupo de personas que fundaron SAMPUZ, especialmente para la creación de un «Museo de la Vida» que abarcara desde el inicio de la vida hasta el conocimiento y conservación de los ecosistemas actuales, fue reuniéndose, conociéndose y ampliándose; de ser en su totalidad aragoneses se pasó a ser un colectivo de la España toda, y ahora internacional, que de hablar amistosamente de Paleontología ha pasado a tratar, con rigor y por afición, de todo lo relacionado con la Naturaleza. Vamos en buena dirección.

SAMPUZ se ha convertido, casi sin saberlo, en una asociación naturalista de prestigio internacional que cuenta tanto con científicos de renombre como con cientos de aficionados y, sin

duda, «mucha culpa» de ello la tiene esta revista en la que intervienen, desinteresadamente, las más expertas plumas en las ciencias de la Tierra y que tiene en los lectores su mayor órgano de difusión.

Al hacerte, estimado lector, participe de ese importante premio recibido, nos gustaría que nos acompañaras -con tu consejo, presencia, y presentación de nuevos suscriptores y socios- en el compromiso al que nos lleva el honor de tan importante distinción.

Aún no es una realidad el sueño posible del «Museo de la Vida» y, sin duda alguna, como señala un reciente informe elaborado por el Programa de la ONU para el Medio Ambiente, existe un horizonte inquietante ante la desertización, el retroceso de glaciares, la deforestación, la extinción de especies, el maltrato al patrimonio natural y, en suma, el mantenimiento de un desarrollo insostenible del que, para más INRI, están privados los países más necesitados de desarrollo. Pero no son problemas irresolubles y, en vez de echar siempre la culpa a los otros, se trata de implicarnos, sin ceño y unidos, en la forma de resolverlos.

Podemos no sólo hacer el bien sino pasarlo bien en este mundo que, como indicó Arnold Bennet: «*Mi deliberada opinión es que se trata de un alegre y extraño mundo*».

